

Juan Molina Guerra
juandemolina2020@gmail.com
ASOCIACIÓN SAGRADA FAMILIA E.C.A.
CATEGORÍA: B

Título: TODO UN TIPO

Me gusta mucho pensar. Cuando me entra el enojo grande, pienso. Así, pensando, se me pasa el coraje. También me gusta aprender. Eso, sobre todo, aunque un poco menos que pensar. Porque pensar me relaja y me abre las puertas al mundo mío. Internet también me gusta mucho: casi siempre encuentras lo que buscas y, a veces, te topas con cosas que no estabas buscando, pero que son igual de interesantes. El caso de X, por ejemplo. X vive en Viena, en la casa en la que durante un tiempo vivió Albert Einstein. Está investigando sobre el científico y los judíos. Un día, entró en la casa un grupo de cabezas rapadas y lo molieron a palos, a X. Desde entonces, se anda con mucho cuidado, pero sin dejar de investigar. Como ha puesto sus datos en la red, le he mandado un correo electrónico. Le he dicho que a mí también me gusta Einstein y la historia de los judíos. X ha sido muy amable, y me ha contestado. Le parece muy bien que me guste aprender. Dice que pensar es algo grande, pero que me ande con ojo. No me ha querido hablar de su investigación ni de los cabezas rapadas. Dice que andan por ahí, al acecho, y que son muy peligrosos. X es argentino y habla de una forma que me hace mucha gracia: dice *quedate* en vez de *quédate*, *guardate* en vez de *guárdate*. Yo le he contestado que me voy a guardar. También le he dicho que guardaré su identidad, por si acaso. Ni que decir tiene que no voy a revelar su nombre...

Mi hermana se está quedando ciega. Usa unas gafas con los cristales como culos de vaso. Tienen que pesar lo suyo. Las lleva amarradas por detrás de la cabeza, las gafas, para que no se le caigan. Ya le ha ocurrido una vez, y a los cristales le salieron como telas de araña. Mi hermana es muy buena y siempre anda pendiente de mí. A cada rato me llama por el móvil preguntando que dónde estoy. Unas veces atiendo la llamada y otras no, sobre todo cuando estoy con Ledesma. Pero casi siempre la atiendo, por si llama por lo de mi padre...

Mi padre está viejo, y enfermo, y bebe demasiado. Bebe vino tinto como si fuera agua. Hemos probado a quitarle las botellas, pero se pone violento y rompe cosas. Una vez, rompió el televisor de un botellazo. El vino todavía chorrea por las paredes, recordando su infamia...

Ledesma se ríe cuando le digo lo de la infamia. Me dice que soy todo un tipo, y me golpea cariñosamente en el hombro. Me dice que las palabras son juguetonas; que, a veces, se disfrazan y no son lo que parecen; en otras ocasiones, cambian de sitio y no ocupan el lugar que les correspondería...

Cuando se me pase el berrinche, me volveré a casa a escribir haikus. Ledesma dice que se me dan muy bien los haikus. Todavía recuerdo el último. Como me cuesta arrancar, él me ayuda. “Algo relacionado con la lluvia –me dice-. Recuerda que el haiku recoge un momento, una sensación”. Entonces, yo le digo: “como una fotografía”. Y él me sonríe y me dice: “eso es”. El haiku dice así, me lo sé de memoria:

Llueve en la calle.
Una muchacha llora
bajo un paraguas.

Lo hice del tirón, sin su ayuda, y Ledesma quedó muy contento del resultado. La verdad es que un poco sí que me ayudó, porque, donde *muchacha*, yo había puesto *chica*, y donde *un*, yo había puesto *su*. Y, claro, no salían las cuentas. Lo de contar sílabas no lo tengo muy dominado, aunque, poco a poco, le voy cogiendo el tranquillo. El haiku clásico debe tener tres versos de cinco, siete y cinco sílabas. Ledesma, en según qué momentos, me deja libertad: “si quieres innovar...” –me dice. Yo le digo que quiero ser como él, y, entonces, me dice que, si quiero practicar la heterodoxia, debo conocer antes la ortodoxia, y, para remachar esta idea, siempre me pone el ejemplo de Picasso, que a mí me gusta mucho, el ejemplo, digo, aunque, también, Picasso. “Antes de encontrar su camino –me dice-, Picasso fue a una academia de arte, y allí aprendió a mezclar colores, a utilizar la perspectiva y a perseguir la luz que se esconde en las personas y los objetos...”

Si no fuera por mi padre, ahora mismo me volvía a mi casa y me sentaba a escribir, pero aquí estoy, lanzando piedras al río. Un río que apenas baja con un hilo de agua, un río que concentra la vida en las pozas y las charcas, donde nadan, sin prisas, zapateros y gusarapos. Cuando llegué, vi dos ranas tomando el sol sobre una piedra. Lancé un guijarro a su lado y se zambulleron, muertas de miedo...

Me pongo a pensar en el miedo de las ranas y me digo que debería existir algún tipo de lenguaje en el que pudiéramos entendernos. Decirles, por ejemplo, que no se asusten, que no voy a causarles ningún daño, que pueden seguir tomando el sol sobre esas piedras redondas y antiguas como huevos de dinosaurios; que ya no soy el niño aquel que las cazaba, agazapado entre los juncos, el niño que hurgaba en los cañaverales buscando

culebras de agua; que estoy mejor aquí, a la orilla del río, entre las adelfas blancas, que teniendo que soportar los gritos de mi padre; que aquí me encuentro a salvo de la ira que vuela con forma de cenicero; que la fresca sombra de los álamos me reconforta más que la casa de los cristales rotos, donde el vino púrpura del desvarío chorrea sin descanso por la paredes...

Podría seguir así todo el tiempo, quejándome. Pero prefiero pensar. Cuando pienso, me sereno. Días atrás, vi en una marquesina un póster gigante que decía: VUELVE LA VIDA. VUELVE LA LIGA. Digo yo que el mundo está loco, que cómo se puede exhibir semejante chifladura. Sé que hay gente a la que le entra la depresión cuando se acaba el fútbol, que llevan muy mal el parón del verano. Como si no existiera la poesía, o Internet, o el cine, o los wasaps...o el amor. ¡Ay, Estíbaliz!

Le he escrito un poema para su cumpleaños, a Estíbaliz. Estíbaliz es un nombre vasco, y significa *el sabor de la miel*. No puede ser más lindo. Muchas noches me quedo dormido repitiendo su nombre. Estíbaliz. Otras veces, doy vueltas y más vueltas en la cama, y me levanto hasta la nevera y bebo un vaso de leche. Ando de puntillas, como un ladrón, para no hacer ruido, para no despertar a la bestia. Otras veces, veo una película en el ordenador, con los auriculares puestos. Tengo que llevarlo a arreglar, el ordenador: cuando le parece, se le va la voz. ¿Se imaginan *El juicio de Núremberg* en cine mudo? ¿O *Doce hombres sin piedad* con los actores moviendo la boca como si hicieran playback? Ledesma me dice que tengo que ser más selectivo, que tengo el ordenador y el móvil llenos de basura...

La semana pasada me hicieron las pruebas de la apnea del sueño y mañana voy a que me miren la flebitis de los pies. El azúcar lo tengo controlado. Doy diariamente largas caminatas hasta el río. Con la excusa del ejercicio, me quito de en medio y aparco por unas horas el problema de mi padre, aunque, de vuelta a casa, tengo que pasarme por la farmacia, no sea que me olvide de las pastillas y se forme la marimorena. Ya, de paso, me acercaré hasta el Mercadona. Me gustan las chicas del Mercadona, con esos pantalones ajustados que les hacen llevar. Sobre todo, me gusta la chaparrita de ojos vivarachos, que parece que te habla con la mirada. Es la única que me llama por mi nombre. Cuando está en la pescadería, me mira a la cara y suelta su voz cantarina: “Hola, Castaño, ¿has visto los jureles?” –me dice. Yo le miro los guantes naranja cubiertos de escamas, como salmones abiertos en canal, y me sube el ahogo, y noto las mejillas cambiando de color a su antojo, y le pido tres cuartos de esos peces plateados y pajizos que están en oferta, como un autómatas, y desearía recitarle un madrigal allí mismo, pero

sólo acierto a decirle: “gracias, sirena”, cuando me entrega la bolsa de plástico y me clava sus ojillos como chinchetas, y noto las sonrisas a mi alrededor, y sé que las he hecho felices por un instante, y, entonces, pienso en todas las mujeres que he conocido, en todas las mujeres con las que sueño despierto cuando no puedo dormir, en todas esas musas que habitan mis poemas y de las que nunca he recibido un beso, una caricia, un temblor...

Pero yo no me *amedranto*... quiero decir *amedrento*... ¡Esto del lenguaje es complicado, y eso que leo mucho, como Ledesma me aconseja! A veces, me gustaría llevar encima un diccionario para escoger la palabra precisa. *El dardo en la palabra*, que decía Torrente, el académico. Digo que no me arrugo ante las muchachas: si alguna me entra por los ojos, le doy conversación. Me gustan, sobre todo, las extranjeras con el pelo zanahoria y la cara llena de pecas, o rubias y pálidas, con esos ojos azules que brillan tanto como el mar a mediodía. Tengo una amiga negra, norteamericana, Catherine se llama. Me ha dado su dirección en Colorado, por si quiero escribirle. Le he prometido enviarle un soneto. Catherine tiene mejor rima que Estíbaliz. *Catherine es de cine*. Con Estíbaliz no hay forma de encontrarle una rima, así que le escribo en verso blanco, aunque tiene su dificultad. Astrid es danesa. Es tan blanca que parece que sólo se alimenta de leche. Ledesma me dice que de dónde saco tiempo para relacionarme, que cuál es mi secreto para enamorarlas. Yo le contesto que ojalá las enamore, que sólo me dejan que les eche fotos con el móvil y que les escriba poemas...

Hace poco conocí a Janet. Es colombiana. Me dejó que le hiciera una foto. Le dije que sacaría un dibujo a lápiz y que le escribiría una décima. El dibujo ha quedado muy bien. En realidad, lo ha hecho Cantizano, que es pintor. Sabe bastante de pintura, pero está un poco loco, aunque eso no importa. Le enseñé el dibujo a Ledesma y le pregunté por el título. El dibujo le ha gustado. Dice que tiene trazos impresionistas. El título no le ha gustado tanto: MUJER CON BOTELLÍN DE AGUA DE PLÁSTICO. Me dice que MUJER CON BOTELLA ya vale. Ledesma es muy exigente, y no me permite florituras...

Lástima que yo no tenga una casa con asiento. Podría estar ahora delante de mi ordenador de mesa haciendo versos blancos para Estíbaliz. ¡Ay, Estíbaliz, dulce como la miel! En cambio, aquí estoy, lanzando piedras al viento, removiendo el agua de la charca con un palo para ver cómo nadan los zapateros, que parece que se mueven sin rozar el agua, de tan livianos. Yo, sin embargo, tengo los dedos gordos como morcillas. No son buenos dedos para un pintor, ni siquiera se prestan para el teclado de un portátil. Ledesma se pone de los nervios cuando me ve teclear con los índices de cada mano, rectos y

verticales, como rejonos de muerte. “No entres a descabellar” –me regaña de continuo-. “Las teclas no se golpean, se presionan”. No para de repetirme que, algún día, terminaré agujereándole la computadora. Eso sin contar mi falta de puntería, pues no son pocas las veces en que *pulso* las teclas de dos en dos. Pero él tiene paciencia conmigo. Es un buen tipo, Ledesma. Ya en la mili, cuando nos conocimos, me libraba de hacer guardias e imaginarias y me asignaba servicios en la cocina, para que me hartase de comer...

Digo lo de la casa con asiento y pienso en mi padre allí dentro, con sus pastillas encima de la mesa camilla, junto a la botella de vino tinto. Mi padre no es malo, pero pierde la cabeza cuando bebe. En los malos tiempos, encerraba a mi madre en el dormitorio, y yo oía las voces desde un rincón de la cocina, sobrecogido de espanto, sin saber lo que pasaba, mientras mi hermana me decía que no me preocupara y me pasaba la mano por la cabeza. Ahora han pasado los años y yo estoy crecido. Aunque mi padre me saca dos palmos, creo que le puedo. Si quisiera, lo tumbaría rodado de una bofetada. Está tan débil y tan flaco. En el fondo, me da pena. Sólo le ha quedado de su antigua rudeza la voz descomunal y esa manía de arrojar las botellas cuando le entra la ira...

El alcohol no trae nada bueno. Si alguna vez tengo hijos, me encargaré de que no beban. Con una vida llena de sobresaltos es suficiente. Prefiero pensar en cosas positivas: en mi padre llegando al final de sus días; en mi madre, recogida en su tumba, liberada de tanto sufrimiento; en mi hermana, estrenando sus gafas nuevas con menos dioptrías, sin cordón anudado en las patillas rodeándole el cuello; pensar que algún día me publican un verso, que alguien me besa y no es mi hermana, que encuentro un alma caritativa que me descargue un diccionario para el móvil, porque Ledesma, para esto de las nuevas tecnologías, es un negado total, él es un clásico, de los de pluma estilográfica y tinta verde...

Sí, me gusta pensar que alguna vez será distinto, que la prueba de la apnea va a dar negativo, que ya no se me hinchon los pies, que no me paso media vida en la farmacia, que no engañé a nadie, ni siquiera a mí mismo, cuando bajo a esconderme en el río y bebo, sorbo a sorbo -hasta que la vacío-, de la botella que escondo en la bolsa del Mercadona, a salvo de miradas indiscretas, protegido por la muralla de zarzamoras, imaginando otra vida posible, una vida sin complicaciones, una vida de zapateros y gusarapos flotando en la desidia, de ranas que se solazan y croan, satisfechas, sin vanos afanes.